

Ex Historia Ecclesiastica. La Reforma protestante (3). Anglicanismo

1 - Origen histórico y doctrina hasta la profesión de la fe de 1553.

La historia de la Reforma en Inglaterra siguió una trayectoria peculiar y obedeció, más quizá que en ningún otro país, a las directrices de la realeza. El Anglicanismo no fué invención de Enrique VIII. Bajo la monarquía Tudor del siglo XV, la iglesia de Inglaterra era ya en cierto sentido "anglicana" y Enrique VIII halló en la legislación eclesiástica de sus predecesores un instrumento válido para su política de sojuzgamiento religioso. Como en Francia, el carácter sagrado de la realeza, herencia de la Edad Media, sirvió no poco a la corona para fortalecer su poder incluso hasta el abuso en sentido de despotismo. El poder sobre la Iglesia, asegurado desde la repulsa del nombramiento papal de los puestos en el país y últimamente por el estatuto "de praemunire" (1343), que imponía graves castigos a la aceptación de provisiones papales y a la apelación a la justicia eclesiástica fuera del país.

Enrique VIII (1509-1547), hijo de Enrique VII, no era originalmente el sucesor del trono. Pero su hermano mayor, Arturo, murió a los catorce años. El muchacho estaba ya casado con Catalina, hija de los reyes españoles Fernando e Isabel, es decir, tía de Carlos V. Evidentemente, el matrimonio no estaba consumado, aunque había sido hecho formalmente. En el año 1509 Enrique se convirtió en sucesor del trono debido a la prematura muerte de su hermano Arturo, y en interés de la política se casó con la joven viuda. Julio II dió la dispensa del impedimento matrimonial de afinidad.

Cuando llegaron a Inglaterra las primeras olas de luteranismo Enrique VIII, aconsejado por Fisher, compuso contra la negación luterana de la mayoría de los sacramentos el escrito <<De septem sacramentis assertio>>, que le mereció de parte del Papa el título de "defensor fidei", y de parte de Lutero un grosero escrito de respuesta. John Fisher, por su parte, escribió contra los ataques de Lutero a la santa misa su bella obra "De sacrificio missae", uno de los mejores escritos en la polémica de aquél tiempo. Parecía, pues, que la Iglesia de Inglaterra se iba a convertir en baluarte de la antigua fe.

A pesar de todo comenzó una evolución totalmente distinta de la que era de esperar. La mezcla de pasión sensual del rey con la política de Wolsey fué la causa. Hasta 1525 Wolsey había dirigido la política en sentido de amistad con Carlos V de España. Entonces hizo un viraje hacia Francia. Por el mismo tiempo se rompió el matrimonio de Enrique VIII con Catalina de Aragón. Catalina había dado a su esposo cinco hijos, tres varones y dos hembras; pero sólo una hija había llegado a mayor. El indisciplinado rey deseaba separarse de Catalina y unirse a Ana Bolena, hermana de una de sus cortesanas. Entonces se le ocurrió a un teólogo complaciente para el rey y los Bolena, probablemente Thomas Cranmer (1489-1556), capellán de la familia Bolena, la idea de que se podía invocar un texto de la Sagrada Escritura, Lev 18,16, en que el comercio carnal entre cuñado y cuñada era estigmatizado especialmente como pecado. Y se concluyó, refiriendo este texto también al matrimonio entre cuñado y cuñada, que si ambos eran libres, el matrimonio de Enrique con Catalina era inválido.

El clero de Inglaterra, subyugado y amenazado en sus privilegios, duda, resiste, y por fin se inclina ante la voluntad regia, pero Roma -alertada por el nuncio- es ya desde el principio consciente de la gravedad de lo que está en juego: se trata de defender ante toda autoridad humana la indisolubilidad del matrimonio rato y consumado: esa ley es expresa voluntad divina. El Papa y sus consejeros escogen en un primer momento la solución de dar largas al asunto, esperando con realismo que las pasiones humanas del rey se apaguen. Cuando las presiones

diplomáticas de la Corte de Londres se hacen intransigentes, la Santa Sede se niega claramente a anular el primer matrimonio, porque la encuesta jurídica correspondiente manifiesta que es perfectamente válido, pero no sabe que el rey de Inglaterra ya se ha casado secretamente con Ana Bolena. La situación se encuentra en un callejón sin salida.

En el pontificado de Clemente VII, el rey Enrique VIII es excomulgado (1533) y en vez de reconocer la irregularidad de su conducta, hace que el Parlamento, que ignora completamente la sentencia romana, determine que el rey se convierta en el jefe supremo de la Iglesia de Inglaterra. Solamente dieciocho religiosos cartujos, algunos sacerdotes seculares, en canciller Tomás Moro y el obispo John Fisher, de Rochester, se resisten a firmar una adhesión pública a la ley civil, por ser moralmente inválida e injusta, ya que ningún estado puede establecerse, por encima de la ley divina, como fuente absolutamente última del derecho; en un plazo de pocos meses, pagan con su vida en el martirio su resistencia al cisma. Diez años de vacilaciones por parte del poder real siguen a este acto de verdadero cesaropapismo, al cual se adapta el conjunto de país, que desde hace tiempo está habituado a un sistema práctico en el que la Iglesia local está más bien sometida a la voluntad del Estado. En el <<Acta de los seis artículos>> (1536) manifiesta la decisión del rey Enrique VIII de mantener la integridad de la doctrina católica, pero la <<Instrucción real>> (1543) adopta una vía media con el protestantismo. Bajo el reinado del joven y poco firme Eduardo VI, sucesor desde 1543 hasta 1553 de Enrique VIII -el cual se caso cuatro veces más no sin acudir a medidas trágicas para abrirse todos los caminos (dos reinas, doce duques y condes, ciento sesenta y cuatro nobles, dos arzobispos, dieciocho obispos, trece abades, quinientos frailes y un gran número de súbditos fueron sus víctimas)-, la reforma anglicana impuesta por el arzobispo de Canterbury, Cramer, aplasta de modo sangriento todas las resistencias de los súbditos fieles a la fe católica.

Llegado ese momento, la nueva religión suprime el celibato eclesiástico, los compromisos religiosos, la vida monástica y las imágenes religiosas; el <<Book of common prayer>> (1549) elimina de la liturgia el carácter sacrificial de la Misa -la renovación sacramental de Cristo en la Cruz- y los <<Cuarenta y dos artículos>> de religión (1553) dan a los dogmas de la Eucaristía y de la predestinación una interpretación puramente calvinista, aun manteniendo el episcopado y conservando algunas formas litúrgicas tradicionales.

2 - Evolución posterior del anglicanismo.

Al morir el joven Eduardo VI en 1553, le sucedió su hermanastra María de Tudor, hija de la primera esposa de Enrique VIII, Catalina de Aragón, única esposa legítima según el punto de vista católico. Era una católica muy devota y sincera; enseguida borró toda la legislación cismática de sus predecesores, e Inglaterra volvió a la comunión normal con la Santa Sede. La vuelta a la comunión con Roma era muy deseada por el pueblo de Inglaterra, aunque naturalmente era muy poco del agrado de la aristocracia advenediza enriquecida con los despojos de los conventos. Pero en su corto reinado de cinco años, María hizo, con las mejores intenciones pero con resultados desastrosos dos cosas que iniciaron el sentimiento anticatólico popular en Inglaterra. Una fue el casamiento con Felipe II de España. La lucha en el mar por las riquezas de la Indias ya había enemistado profundamente a Inglaterra con España, y con este casamiento el pueblo inglés se vió en peligro de ser convertido en vasallo de la corona española. Fue un paso muy fácil transferir la hostilidad y miedo contra España a la fe católica, de la cual España había sido siempre defensora a través de toda su historia. El otro error de la reina María fueron sus actos indiscretos de persecución. Cuando subió al trono, los protestantes ingleses de

sincera convicción eran muy pocos y de influencia muy escasa, pero al perseguirlos implacablemente condenándolos a la hoguera, se suscitó un interés popular en el protestantismo, como una veneración hacia sus próceres martirizados. Por eso la opinión pública de los siglos subsiguientes ha llevado tan marcada esta nota anticatólica, que tiene su origen en el temor a la dominación política de España y en la persecución religiosa que se asocia con la idea de la Inquisición (tal como la presentaron los propagandistas protestantes, pues fueron mucho más sanguinarios los monarcas ingleses).

A su muerte, sin hijos, la corona pasó a Isabel, hija de Enrique VIII y Ana Bolena. El largo reinado de Isabel I (1558-1603) decidió la suerte del Cristianismo inglés. En su mente está fija desde el principio la intención deliberada y definitiva de apartarse del catolicismo, exasperada por la fidelidad de los católicos ingleses a su prima la reina de Escocia María Estuardo. Hasta su muerte en 1603, la reina de Inglaterra se dedica plenamente a hacer aplicar el <<Acta de Uniformidad>>, documento de 1559 que prescribe, entre otras medidas, la abolición de la Misa y la obligación de que todos los funcionarios presten juramento de fidelidad a la Corona, erigida en autoridad suprema en lo temporal y espiritual. De un total de 16 obispos, se niegan 15 a firmar ese juramento y son depuestos; el eclesiástico que fue capellán de Ana Bolena, Matías Parker, es consagrado en 1559 como cabeza de la jerarquía reformada y arzobispo de Canterbury, pero muy poco tiempo después el Papa Pablo IV declara inválida esta consagración; por lo tanto, las ordenaciones y consagraciones posteriores de la Iglesia anglicana serán nulas y sin efectos sacramentales, por defecto de sucesión apostólica.

Los <<42 artículos>> de 1553 se convierten en la norma de conducta religiosa de la iglesia nacional de Inglaterra en 1563. Los católicos, cuyos bienes fueron confiscados como consecuencia de su oposición, fueron ejecutados en gran número cuando el Papa Pablo V excomulgó a la Reina Isabel I; se fraguan varias conjuraciones para destronar a la Reina o liberar a su prima María Estuardo, hecha prisionera sin juicio previo; los que quedan fieles a la autoridad del sucesor de Pedro sufren sangrientas represalias, con motivo de la Armada Invencible que Felipe II forma para vengar la ejecución de la reina de Escocia, la católica María Estuardo.

Después de la separación de Roma, muchos protestantes extranjeros de sincera convicción luterana o calvinista se refugiaron en Inglaterra, formando sectas a espaldas de la ley de uniformidad de culto, como los puritanos y metodistas, que se esforzaron todo lo posible por apoderarse de la Iglesia nacional, borrar sus tradiciones católicas y darle una orientación netamente protestante. De ahí nace esta tensión entre un ala derecha católica, o "alta iglesia" (High Church), y un ala izquierda protestante, o "baja iglesia" (Low Church), que caracteriza a la Iglesia anglicana. (A ellas se añadió en el S. XIX la "Broad Church" de tendencia "ilustrada", liberal y latitudinarista)

La dinastía Tudor se extingue a la muerte de Isabel I y comienza la de los Estuardo con Jaime I, hijo de María Estuardo, cuando ora ya rey Jacobo VI de Escocia, uniéndose así los dos coronas. Se hace calvinista con el fin de afianzarse en el trono, y la londinense <<Conspiración de la pólvora>> de los católicos en el Parlamento en contra de él, le incita a perseguir violentamente la religión de su madre (1605). Un año más tarde, es impuesto a los católicos un juramento especial de fidelidad, en el cual se rechaza la supremacía pontificia sobre los reyes.

La historia eclesiástica del periodo Estuardo (1603-88) es una lucha sin tregua entre la tendencia protestantizante de los puritanos, y la tendencia catolizante de los reyes, apoyados por la mayoría del clero anglicano, para la posesión de la Iglesia nacional. Los reyes de la dinastía Estuardo, con la excepción del primero, fueron hombres de sentimientos católicos, y los dirigentes espirituales siguieron una tradición más católica que protestante, con miras más a los Santos Padres de la Iglesia que a los heresiarcas continentales. La burguesía, en cambio, ahora por

primera vez consciente del poder político que le confería su dinero, era de una tendencia netamente protestante y puritana. Por eso, uno de los motivos principales de la guerra civil de 1642 fue un conflicto religioso. Los puritanos vencieron y el rey Carlos I pereció en el patíbulo en 1649, siendo considerado por los anglicanos como un santo y martir, que ofreció su vida por no traicionar la Iglesia de Inglaterra y abandonarlas al protestantismo prebiteriano. Siguió luego un periodo de persecución para la Iglesia anglicana, promovido por los puritanos debido precisamente al carácter - a sus ojos- demasiado católico, de la doctrina y culto de aquella. Como era de esperar el pueblo inglés se cansó pronto del regimen austero impuesto por los puritanos. Así, al morir el caudillo puritano Cromwel, el pueblo inglés dió una calurosa bienvenida al hijo del rey martirizado, Carlos II. Este, aunque hombre de vida personal no ejemplar, tuvo simpatías católicas, pero a la luz del destino de su padre cuidó mucho de no hecerse enemigos por algún despliegue indiscreto de celo religioso. Los puritanos que habían ejercido poder religioso en Inglaterra durante la guerra civil y bajo la República a pesar de las concesiones de la corona cuando la Restauración, en gran número emigraron a América, donde contribuyeron a la formación de núcleos y provincias que fueron el germen de los Estados Unidos

Ahora la tradición anglicana estaba bien establecida en el pueblo inglés, que recibió con júbilo la vuelta de sus antiguos curas párrocos con la liturgia ya acostumbrada y amada del Prayer Book. La opinión pública inglesa, antes completamente católica, se había acostumbrado a la idea de que los católicos romanos eran enemigos políticos de la nación. Por eso, cuando el siguiente rey, Jaime II, que se mostró abiertamente católico, quiso poner fin a toda persecución de los católicos romanos, la nación protestó tan energicamente que el rey tuvo que refugiarse en Francia, donde la casa real Estuardo terminó sus días en el exilio.

Como sucesor en el trono, el Parlamento erigió a Guillermo de Orange, esposo de María, la hija mayor del rey desterrado. Guillermo III era prtestante calvinista de una familia que destacó como paladín de la lucha contra el imperialismo católico de España en los Países Bajos. Ocupó el trono de Inglaterra precisamente por su oposición al catolicismo; desde entonces data la ascendencia política netamente protestante en Inglaterra. El protestantismo celoso, activo y espiritual de las sectas disidentes eran proscrito por la ley, a la par del catolicismo romano. Los obispos eran nombrados por el gobierno por motivos políticos únicamente, y muchos clérigos consideraban su función como poco más que un medio de vida digno y cómodo para los hijos menores de las clases pudientes. De ahí la languidez de la vida cristiana no superada -y ello sólo en minorías- hasta el movimiento de Oxford.

3 - Del movimiento de Oxford al actual movimiento ecuménico.

Un poderoso impulso animó a la Cristiandad del siglo XIX, a la misma hora en que los emabates antirreligiosos azotaban los muros de la Iglesia. Este impulso suscitó en el seno del anglicanismo una noble aventura religiosa -El <<Movimiento de Oxford>>- que condujo así a los mejores espíritus, ansiosos de la autenticidad cristiana, a sus genuinos orígenes; esto es, a las puertas de la Iglesia católica.

A partir de 1828, en Inglaterra ya no era un crimen ser católico en comunión con Roma, pero estos eran ahora escasos en número, de poca influencia en la vida nacional, y acostumbrados a largos años de vida clandestina. Un pequeño grupo de clérigos anglicanos de la Univ, de Oxford, entre los cuales los más importantes eran Newman y Keble, estudiando la teología patristica y la Historia eclesiástica con aplicación y devoción entonces inusitadas,

llegaron a la conclusión de que la Iglesia de Inglaterra, a pesar de su separación de Roma, en todas sus actas oficiales nunca había hablado de ninguna otra iglesia más que de la católica, ni de ninguna otra fe distintiva que de la fe católica, y de que la Iglesia anglicana no era sino la parte histórica inglesa de la Esposa Mística de Cristo. Algunos de esos hombres no avanzaron más; pero otros dieron el paso decisivo y franquearon el umbral del catolicismo: Henry Newman fue recibido en la Iglesia (1845), y tanto él como su compatriota Manning -también converso- recibieron más tarde la púrpura cardenalicia.

Newman era un espíritu amplio. Sus estudios no sólo le hicieron ver Roma a una luz nueva, a saber, como escudo de la fé y defensora de la ortodoxia, sino que a la vez le revelaron también la evolución como un elemento intrínsecamente necesario de la Iglesia y cuyo conocimiento profundo soluciona muchas dificultades que se plantean a los no católicos. El fruto fué su "Essay on the development of christian doctrine", publicado en 1845, y el mismo año el 9 de octubre su paso a la Iglesia católica.

Como se ha reconocido en el concilio Vaticano II, entre los <<hermanos separados>> ocupa lugar especial la Comunión anglicana. Por coincidir con la Iglesia católica romana y con las iglesias protestantes en diversos sectores de la misma comunión se puede calificar a la Iglesia anglicana de iglesia-puente por excelencia. Es un fenómeno único en la cristiandad la existencia de una comunión eclesial que alberga entre sus fieles a cristianos devotos que mantienen opiniones tan encontradas. (La tradición de tolerancia mutua en las tres tendencias reseñadas puede servir de estímulo a la buena marcha del movimiento ecuménico). La tarea de promover las relaciones ecuménicas tiene que desarrollarse en el anglicanismo en tres frentes: con las Iglesias católica y ortodoxa, con las Iglesias protestantes, y en su propia vida interna. Desde 1867 se reúnen cada diez años representantes de todas las iglesias anglicanas bajo la presidencia del Arzobispo de Canterbury en la Conferencia de Lambeth. Aunque no son vinculantes sus conclusiones, tienen gran influencia en el conjunto de la Comunión anglicana. El movimiento ecuménico de aproximación a la ortodoxia y al catolicismo es especialmente impulsado por el grupo anglocatólico de la Haigh Church. Especialmente se distinguió Lord Halifax, que promovió las famosas conversaciones de Malinas, de 1921 a 1925, presididas por el Cardenal Mercier.

Con la Iglesia ortodoxa oriental la Iglesia anglicana tiene una larga historia de relaciones amistosas. Muy notables han sido las declaraciones de siete Iglesias orientales autocéfalas que parecen reconocer la validez de las declaraciones anglicanas. Ambas iglesias autorizan la intercomunión en determinados casos individuales cuando un ortodoxo o un anglicano se encuentre aislado del ministerio de su propia iglesia. La única intercomunión completa lograda hasta el momento por el movimiento ecuménico en la Iglesia anglicana es con los viejos católicos y sus asociados. En la actualidad obispos en la sucesión apostólica de Utrecht, cuya validez es admitida por Roma, a menudo toman parte en las consagraciones de obispos anglicanos, un hecho este que puede cambiar la actitud de Roma hacia las ordenaciones anglicanas. (Desde la bula de Leon XIII "Apostolicae Curae" de 1896 que declaró nulas y sin valor tales ordenaciones, confirmando la declaración de Pablo IV con ocasión de la ordenación de Parker en tiempos de Isabel I, de hecho suelen procurar, para obviar dudas de validez, que oficie entre los consagrantes un obispo ortodoxo oriental, o de Utrecht).

Desde 1970 las divergencias doctrinales del contencioso anglicano-católico son objeto de estudio en el seno de una comisión mixta presidida por un obispo católico y otro anglicano. Las principales son cuestiones relativas a la unidad e indefectibilidad de la Iglesia, primado e infalibilidad, mariología, matrimonio y orden. Algunos de los documentos conjuntos ya publicados han sido justamente acusados de ambigüedad, especialmente en lo relativo al misterio eucarístico. La reciente decisión de admitir mujeres al ministerio ordenado en toda la

comuni3n anglicana ha frenado la aproximaci3n ecum3nica, y ha provocado la adhesi3n a la fe cat3lica de no pocos ministros -que son eventualmente ordenados "sub conditione"- y de numerosos fieles.

J.F.A.